

Imprimir

El hecho de que haya fracasado la vía armada, no entraña que muchas de las razones de los que se alzaron (y están alzados) en armas contra el Estado, no sean válidas y no impliquen la transformación del orden social injusto impuesto al pueblo colombiano. Esta constatación histórica debería concentrar la acción de las autoridades públicas en remover las causas del atraso y la desigualdad reinantes mediante una política consistente y sistemática de redistribución del ingreso con acento en la superación de la pobreza y el desempleo. Si ello no es así, los reparos a los acuerdos de paz por parte del propio gobierno se convierten en excusas para mantener un *statu quo* y prolongar una situación de fragmentación e injusticia social que puede derivar en nuevas violencias. No olvidemos que el conflicto armado le ha servido siempre al establecimiento de pretexto para engavetar los cambios a favor de los desposeídos y profundizar el autoritarismo del Estado. Que no nos echen más cuentos. Si yo miro con lupa los acuerdos de paz y sus instancias como la JEP podría esgrimir cientos de observaciones y críticas a lo allí consagrado. ¿Pero cuál es el bien mayor? No por querer algo que en la teoría es correcto, como, por ejemplo, juzgar y sancionar todos y cada uno de los crímenes de guerra y de lesa humanidad cometidos durante el conflicto armado, significa que quien lo desea tenga la razón y deba hacerse, pues medio siglo de conflicto en el que las partes enfrentadas se “esmeraron” en elevar las cotas de barbarie harían imposible tal cometido y en el mejor de los casos (solo en la teoría también) podríamos demorarnos esta vida y la otra para obtener una justicia a la colombiana: precaria. Estamos colgados de enmarañadas barandas de incisos y párrafos, todo se vuelve una pelea de abogados, mientras la casa se incendia y amenaza ruina. La astucia de los poderosos es de admirar, convierten el debate público en un hueso poroso del que roen tirios y troyanos, embolatan a las masas con discusiones “morales”, las hacen creer en su ingenuidad que tienen los mismos intereses que ellos, volviendo enemigos a los vecinos, irradiando odio y miedo por todas partes que al final son el cabestro que arrastra al ciudadano a las urnas. A las bestias que sacan agua del pozo les vendan los ojos para que no se den cuenta que están dando vueltas en torno a la noria, a las gentes colombianas, que han sido tratadas de forma similar por las élites, empiezan a caérseles esas vendas y a darse cuenta del engaño cometido, muchísimo más si la verdad se abre paso en la justicia especial para la paz. Esas criaturas del poder lo advierten, están muy nerviosas y afilan sus colmillos, porque intuyen que una

marea popular se avecina, que sus privilegios tienen fecha de caducidad, que la Colombia anestesiada por tanto tiempo de ignominia comienza a despertarse y romperá los diques como aguas liberadas de la presa.

Objetar. tr. (Colombianismo). Descalificar al que se le debe dinero. Renunciar a lo que no se puede alcanzar. Engañar a la propia conciencia. Abuso de poder.

Héctor Peña Díaz

Foto tomada de:ELTIEMPO.COM